

El color, signo de apropiación y transformación en el espacio interior

F. E. Aguirre Escárcega
O. B. Burrola Andazola

Recibido: 24.01.2020

Aceptado: 01.12.2020

Publicado: 20.12.2020

Cómo citar este artículo:

Aguirre Escárcega F. E., Burrola Andazola O. B., 2020. El color, signo de apropiación y transformación en el espacio interior.

Inmaterial. Diseño, Arte y Sociedad, 5(10), pp. 69- 92



Abstract

Color is part of the daily life of the human being, it is part of their identity, culture, and affective bonds. Since ancient times and throughout history, man has been represented through space, images, and visual compositions. All this visual material has been composed by chromatic harmonies that contain signs and meanings that express their daily living. Color allowed individuals to express emotions and feelings that born from their own particular way of life. From an appropriate phenomenon in the interior spaces, social actors are express through color palettes; their tastes, preferences, and ways of life, which as a choice communicate a sense of belonging. Likewise, color perpetuates identity or, on the contrary, modifies it, by using a variety of shades as a sign of individual or collective transformation. Color works as a mechanism of a strong rooting in spatial and social way; but at the same time, it is a path of expressing renunciation and individuality. Color transforms the meaning, sometimes conventionalized, and inherited from interior spaces. In this way, color through space becomes part of the construction of a specific individual or social identity and an element of

personal and collective configuration.

Keywords: Color, appropriation, sign, transformation, interior space

Resumen

El color forma parte de la vida cotidiana del ser humano, pues es parte de su identidad, cultura y vínculos afectivos. Desde la antigüedad y a lo largo de la historia, el hombre se ha representado a través del espacio, las imágenes y las composiciones visuales. Todo este material visual ha estado compuesto de armonías cromáticas que contienen signos y significados, los cuales expresan el habitar cotidiano. El color les ha permitido a los individuos expresar emociones y sensaciones que nacen de un modo particular de vivir. Desde un fenómeno apropiativo en los espacios interiores, los actores sociales expresan mediante paletas de color sus gustos, preferencias y formas de vida, que a su vez comunican un sentido de pertenencia. Así mismo, el color perpetúa la identidad —o, por el contrario, la modifica— al utilizar variedad de tonalidades como signo de transforma-

ción individual o colectiva. El color funge como un mecanismo de arraigo espacial y social, pero al mismo tiempo es un modo de expresar renuncia e individualidad. El color transforma el significado, algunas veces convencionalizado y heredado de los espacios interiores. De esta manera el color, a través del espacio, se convierte en parte de la construcción de una identidad individual o social determinada, y también en un elemento de configuración personal y colectiva.

Palabras clave: color, apropiación, signo, transformación, espacio interior.

1. Introducción

Cuando se habla del color en los espacios interiores, es común que se lo relacione con cuestiones y singularidades vinculadas al gusto y preferencia de los usuarios del espacio. Si bien es cierto que el color forma parte de los acabados en una superficie y de los gustos personales de un usuario determinado, el color ha trascendido el prisma del estilo, la funcionalidad y los fines estéticos. A lo largo del tiempo, el color en los espacios interiores se ha convertido en una huella interpretativa que alberga las formas de vida de una época. Del mismo modo, es símbolo de las características y recursos de una sociedad, así como del sentido de pertenencia que se tiene con el espacio. Autores como (Goethe, 1970) han expresado mediante su obra la percepción natural del color y el vínculo existente entre los aspectos biológicos del hombre. Sin embargo, en la actualidad la percepción del color se ha discutido más allá de lo físico y trasciende en lo emocional y significativo ante los fenómenos sociales. Lo anterior remite a la apropiación y al sentido de pertenencia que se desprende de contextos culturales; si bien en todas las sociedades la percepción de los colores es un fenómeno natural, también se encuentra sometida a influencias culturales (Dupley, 2004, p. 20). El color, por tanto, es un símbolo de identidad social, cultural e individual que, a través de una amplia gama cromática y su aplicación, representa tanto la identidad de un espacio como la identidad de quienes lo habitan. Por elección o imposición, el color es, además de un código tonal, un recurso semiótico que contiene significados de las fenomenologías sociales.

Desde la antigüedad, y en específico en el México prehispánico, el color ha sido siempre parte de la identidad cultural. Los pueblos del México prehispánico vivían en un mundo de colores. Los palacios y templos de las antiguas ciudades fueron, en su época, ricamente decorados y coloreados (Dupley, 2004, p. 20). Del mismo modo, en la era moderna, las propuestas de Luis Barragán, Juan O’Gorman y las influencias de Le Corbusier en México han contribuido en la concepción colectiva del color en los espacios arquitectónicos. Diversas edificaciones como la Casa Azul de Frida Kahlo, la Casa Luis Barragán, la iglesia de Nuestra Señora de los Remedios en Cholula, Puebla, así como la vasta cantidad de centros históricos del país, expresan a través del color el folclor sobreviviente y vibrante del México contemporáneo. La arquitectura, el diseño y el arte son el reflejo de un cúmulo de reminiscencias culturales cuya expresividad expone la apropiación de una tradición social, histórica, religiosa y contextual.

La apropiación del espacio es un fenómeno de autorrepresentación que le permite al ser humano expresarse mediante lenguajes no verbales en lugares que se perciben como propios. La integración del color en los espacios está

relacionada con cuestiones sociales y culturales que configuran la percepción de los ambientes y su proyección. De forma aunada a la percepción ambiental, el color conduce el comportamiento de los usuarios. Según la psicología del color, las tonalidades tienden a facilitar, inducir y favorecer comportamientos y sensaciones perceptivas en los individuos. Así mismo, esta percepción cromática es susceptible al gusto y afectividad de los usuarios.

El color puede funcionar de diversas maneras con respecto al espacio, y en algunos casos favorece la integración y el fortalecimiento afectivo. A la vez, el color funge como agente de enlace entre el usuario y el espacio; por consecuencia, las armonías cromáticas expresan el estado actual de los actores sociales, ya sea reflejando sus emociones, su cultura o sus gustos personales. Del mismo modo, el color comunica renuncia y desacuerdo, además de pertenencia, afectividad, un sentido de gusto y arraigo espacial. El contexto es el criterio para determinar si un color resulta agradable y correcto o, por el contrario, falso y carente de gusto. Un color puede aparecer en todos los contextos posibles y despierta sentimientos tanto positivos como negativos (Heller, 2011, p. 18).

Estudios en los que se analiza la expresión cromática en los espacios han determinado que el color actúa como agente activo ante las dinámicas cotidianas de los usuarios en el espacio. El color puede considerarse un elemento que rescata y expresa el sentido de pertenencia colectivamente, y también la individualidad en el espacio privado. Sin embargo, en ambas interpretaciones convergen factores políticos, sociales y culturales que impactan e intervienen en la expresión de los entornos espaciales. Desde los espacios interiores hasta los conjuntos habitacionales vistos desde una perspectiva colectiva urbana, se generan expresiones y fenómenos apropiativos en los que el color interviene como elemento de expresión de la identidad y el habitar. En este contexto, tomaremos el habitar como “la manera en que el hombre vive en su casa” (Bollnow, 1969, p. 81).

En la actualidad, el estudio del color se ha fortalecido de tal manera que nos permite conocer otras dinámicas y el estilo de vida de las personas, lo cual, por otro lado, no significa que el color no se haya usado de la misma forma en la antigüedad, pues grandes civilizaciones como la egipcia, griega, romana, china o mesoamericana ya expresaron a través de él sus creencias e identidad cultural. Dichas civilizaciones presentaban armonías cromáticas y características fuertemente influenciadas por un sistema de creencias y tradiciones que obedecían a una forma de vida particular. Hoy en día, la integración consciente del color en los proyectos creativos ha posibilitado que la arquitectura, el diseño de interiores y otras disciplinas conduzcan al usuario hasta determinadas emociones y sensaciones que favorecen la calidad y ciertos modos de

vida del ser humano. De la misma manera, el estudio del color en los espacios interiores a lo largo del tiempo permite conocer los fenómenos apropiativos a mayor escala, así como la proyección social y cultural en el espacio urbano.

Un ejemplo de la expresión del color en el espacio público y habitable se encuentra en la intervención cromática del equipo Boa Mistura (2020), quienes, mediante el color y diversos diseños tipográficos, han intervenido el espacio público en países como Chile, Brasil, España, República Dominicana o Estados Unidos, intentando transformar la calle y fortalecer los vínculos afectivos entre las personas (véase imagen 1).

Imagen 1. “Máscaras de la Tirana”, Antofagasta (Chile), 2016. Recuperado de la página oficial de Boa Mistura: <<http://www.boamistura.com/#/projects>>.



Otro ejemplo de intervención cromática en el espacio se encuentra en las favelas de Río de Janeiro, Brasil, que fueron intervenidas en 2012 con la intención de fortalecer el sentido de pertenencia de los actores sociales hacia el lugar habitado. No obstante, mientras que desde el sentido estético la integración cromática en la vida cotidiana de ciertos grupos sociales puede resultar atractiva, desde una perspectiva social pudiera considerarse que esta acentúa el estado de marginalidad del espacio. Para Muxica (2011, pp. 118-122), esta zona se ha ido transformando a lo largo del tiempo a partir de distintas intervenciones políticas. Su artículo “La favela como espacio de exclusión social en la ciudad de Río de Janeiro” genera una reflexión acerca del espacio según la cual esta región suramericana integra en su propia cosmogonía una elevada significación social, derivada de la segregación económica que se produjo con la formación de la ciudad y que se ha ido apropiando del espacio con el crecimiento de esta. Esta zona de marginalidad vista en un plano vertical deja ver, otras perspectivas de la ciudad, la segregación económica en la que se vive en esta zona. Aunque dicha intervención cromática puede considerarse como bella en cuanto a paráme-

tros estéticos, también convierte un problema social en un emblema y un hito mudo y discursivo a la vez del estado del espacio y sus habitantes.



Imagen 2. La favela de Santa Marta, ubicada en la zona sur (2018). Recuperado de la sección de noticias de La Voz: <<https://www.lavoz.com.ar/mundo/rio-de-janeiro-violencia-vuelve-azotar-santa-marta-favela-que-fue-modelo-de-pacificacion>>.

Como puede observarse en ambos ejemplos, el color es un factor clave en la expresividad cultural de los contextos sociales, pero también un signo de apropiación del espacio público desde lo privado. Como se verá a lo largo de este documento, el color forma parte de la vida cotidiana de los individuos y, por consecuencia, reflejará varios aspectos relacionados con la identidad de los habitantes del espacio. El color se separa de los valores estéticos y funcionales de los elementos que conforman al espacio y se convierte en un elemento de transformación y apropiación de un contexto determinado.

2. El color, un signo cotidiano y de transformación

El ser humano resuelve y genera dinámicas que convergen con sus vínculos afectivos, desde su cotidianidad, su estilo natural de vida y la forma de apropiarse de sus espacios. Existe, dentro del acto de habitar, un vínculo emocional que se desarrolla entre usuario y espacio. Por ello, representa la esfera de la realidad que conciben los individuos, susceptible a los cambios y modificaciones del contexto social, lo que permite considerarla como un espacio en permanente construcción (Uribe, 2014, p. 101). La cotidianidad está directamente relacionada con el color en el espacio, ya que ninguno de los dos puede entenderse sin el otro. La realidad y las actividades de los individuos se ven reflejadas en el espacio como una autorrepresentación de su esencia cultural e identidad.

El color, a través del espacio y en virtud de su aplicación, le da al habitar diario un sentido de pertenencia que consigue que los usuarios respondan ante una serie de ambientales y estímulos visuales. Sin embargo, el color, bajo un estado de dominio sobre el usuario, también impone sensaciones mediante las cuales los individuos pueden presentar rechazo o desacuerdo. Como se mostrará más adelante, existen dictámenes espaciales fuera de la elección y jurisdicción de los usuarios que tenderán a provocar en los actores sociales un cambio de percepción ante un ambiente determinado. Es debido a lo anterior que la cotidianidad de los individuos está siempre en constante construcción y contradicción: la idea y percepción que se tiene de los espacios dependerá de una serie de transformaciones de los actores sociales en su entorno. Así pues, el cambio cromático se convierte en un elemento constitutivo del espacio.

La percepción del color (y, por consecuencia, la construcción social de este) está relacionada con ciertos patrones y herencias culturales. Hay una vinculación entre la cotidianidad de los individuos, su identidad social y la subjetividad en las formas de vida. La identidad del actor social estará condicionada por ciertos parámetros y herencias culturales y sociales, las cuales son adoptadas, mutadas, transferibles o eliminadas (Uribe, 2014, pp. 100-113). Dentro de las armonías cromáticas aplicadas en los espacios, existen fenómenos cotidianos y expresiones que connotan las remembranzas culturales, los vínculos afectivos, los gustos y las preferencias. La cotidianidad funge entonces como el punto intermedio entre el sistema de comunicación no verbal del espacio y el usuario. Así mismo, desde el despliegue de significados, la identidad particular de un individuo pasa a ser una identidad colectiva. De esta manera, surgen identidades sociales que no son más que el conjunto de particularidades cotidianas que un grupo social adopta y expresa simultáneamente.

El hombre va elaborando y desarrollando la subjetividad y la identidad gracias al análisis de su propia esencia como ser social y la identificación con su cultura (Uribe, 2014, p. 101). Es por esto que, el color a través del espacio, dada su relación con los lazos afectivos y el sentido de pertenencia que se expresan en favor de la identidad misma, también reflejará arraigo, apegos y apropiaciones del colectivo social. La cotidianidad implica un proceso apropiativo en el cual el individuo se concibe a sí mismo y se construye por medio de expresiones, hábitos, acciones, necesidades y particularidades; las mismas que responden a la diversidad cultural de las sociedades. Los usuarios, por tanto, se expresan a través del color, y a su vez representan una serie de referentes culturales que han adoptado cotidianamente desde su contexto social.

La cotidianidad se circunscribe en la dinámica de las realidades posibles, pues está insertada implícitamente en la operatividad del ser humano y en sus diversos modos de vida. Modos de vida que mantienen una correlación con los cambios generados por transformaciones en los contextos sociales, es decir, aquellas características del contexto en las que intervienen factores culturales, económicos, políticos y geográficos, además de toda condición externa al actor social que dote de dinamismo a una sociedad o grupo determinado.

La identidad social, se va conformando a partir de la influencia que las instituciones dominantes como la familia, la educación, la religión, la sociedad civil, la política y los medios de comunicación ejercen en cada persona, y mediante los procesos de socialización, transmiten valores, actitudes, costumbres y tradiciones, que se van incorporando a sus modos de vida (sic). De esa manera, las personas aprenden las identidades que su propio desarrollo sociocultural le ofrece.

[Uribe, 2014, p. 102.]

Estos factores externos de dominio (entre ellos, la economía, la cultura, la política y las sociedades) constituirán un elemento clave en la construcción del ser y las formas de vida. Lo anterior toma parte de la estructura que le da origen a la identidad del individuo, por consecuencia a sus modos de vida, de comunicación, de hábitat, de ser, así como formar parte de un contexto social. Se trata de factores dictaminadores de las expresiones no verbales en la cotidianidad del ser humano, donde converge la colorimetría del espacio habitable; fungen no como condicionantes, sino como elementos implícitos y contextualmente naturales del habitar cotidiano. El color será entonces el reflejo de ciertas adopciones cromáticas heredadas por una estructura social que identifica y dota de significado tanto al actor social como a las sociedades en un sentido colectivo.

A partir de un estudio de campo realizado en el barrio de Bellavista, ubicado en Ciudad Juárez (Chihuahua, México), se observó que la dinámica cotidiana favorecía la interacción social con el espacio, así como el sentido de pertenencia. Además, se detectó que la paleta cromática que presentaban los espacios interiores, las fachadas, los corredores y las plazas obedecía a una reminiscencia y un arraigo cultural de los actores sociales que habitan y hacen uso del espacio (véanse imágenes 3 y 4).

En favor del dinamismo de los espacios, la comunidad de Bellavista ha establecido sus propios sistemas de convivencia y una estructura fortalecida por los lazos afectivos que dotan de significado al espacio. Por medio de eventos culturales, recreativos y comunitarios, los actores sociales se comunican y, por consecuencia, generan mayor seguridad y arraigo cultural en el entorno. Estas actividades se han perpetuado con el paso de los años gracias a la conservación de las tradiciones culturales. Aunque muchos de los habitantes de la ciudad (y, en general, las personas que emigran a Ciudad Juárez) cambian de domicilio buscando mejores asentamientos habitacionales o cruzar la frontera, el tejido social que compone el barrio de Bellavista permanece en las viviendas cuya construcción obedece a los primeros asentamientos de la ciudad. En este espacio habitacional cercano al centro histórico, al igual que en otras colonias y barrios residenciales, siguen habitando sus dueños originales. Lo anterior forma parte de un fenómeno social distinto a los conjuntos habitacionales segregados de la mancha urbana, donde es común apreciar el abandono de vivienda por diversas causas relacionadas con la violencia, la migración o la economía.

A pesar de que este barrio ha permanecido habitado generacionalmente por las familias fundadoras de la zona, no en todo el sector que colinda de manera alemana con el centro histórico de Ciudad Juárez sucede lo mismo. Por el contrario, zonas igual de antiguas que Bellavista alojan algunas de las edificaciones abandonadas dentro de la zona centro de la ciudad. Aunado a lo dicho, la armonía cromática que se percibe en las fachadas, espacios interiores, murales, parques o colectivos es totalmente distinta en el barrio Bellavista, sobre todo en comparación con los conjuntos habitacionales contemporáneos de otras zonas de la ciudad. Este barrio presenta una armonía cromática distintiva que, aunque exhibe un cierto desgaste y requiere tratamiento, connota y remite a otra época que obedece a las formas de vida de los actores sociales, así como a las dinámicas ya estructuradas de la comunidad (véase imagen 3).

El barrio de Bellavista ha generado una conexión colaborativa mediante la apropiación del espacio público y el interior urbano. Como consecuencia, los actores sociales han desarrollado un sentido de pertenencia que se expresa en

sus dinámicas cotidianas y la apropiación de los espacios comunes. El color, en cuanto elemento que se consume cotidianamente, figura como signo de expresión que refleja los gustos, intereses, ideales, tradiciones y modos de vida de una comunidad fuertemente estructurada. De esta forma, es a través de los espacios comunes la manera en que el color comunica el estilo de vida de los habitantes y, al mismo tiempo, integra la identidad del lugar en el imaginario colectivo.

Imagen 3. El color previo en las fachadas de Bellavista; armonía cromática que da pie a la paleta de color de la intervención. Elaboración propia, por Fausto Aguirre.



Imagen 4. Composiciones visuales previas a la intervención cromática. Representación de la lucha libre como una actividad cotidiana del barrio. Elaboración propia, por Fausto Aguirre.



Imagen 5. Intervención cromática en el interior urbano, la cual busca preservar la identidad del barrio. Elaboración propia, por Fausto Aguirre.

Imagen 6. Intervención cromática en el espacio urbano. Elaboración propia, por Fausto Aguirre.



Como se ha mencionado anteriormente, el barrio de Bellavista ha sobrevivido hasta la actualidad a diversos fenómenos sociales, entre ellos la violencia y la migración constante a Estados Unidos. Lo anterior, causado por los intereses sociales de gran parte de la comunidad, así como por la estrecha cercanía de la zona con los puentes internacionales y la línea fronteriza entre Ciudad Juárez y El Paso (Texas). Dentro del propio estudio de la zona se realizó una intervención en el espacio público en la cual, a través de la elección de paletas de color y armonías cromáticas, los habitantes y usuarios del espacio, desde sus propios conceptos culturales, diseñaron armonías visuales que respondieran a las actividades y vida cotidiana del espacio. Tras un trabajo etnográfico, se encontró potencial en el espacio urbano con el propósito de que el uso del color y las armonías cromáticas pudiera contribuir a la consolidación del tejido social. Es importante mencionar que este tejido social ya se encontraba estructurado por la participación de los actores sociales y los vínculos afectivos establecidos por las diversas condiciones culturales. Sin embargo, desde el punto de vista de los investigadores, es el color lo que permite sostener y

desarrollar el arraigo cultural de los habitantes y el espacio, además de preservar el sentido de pertenencia.

El color, a través del proyecto de diseño aplicado y con participación del usuario, actúa como un elemento mediador entre las dinámicas cotidianas del sector y el fortalecimiento de los lazos afectivos entre la comunidad y su entorno. Estas dinámicas cotidianas en el habitar del ser humano contribuyen a desdibujar el concepto convencionalizado que se tiene del espacio interior en el que se desarrollan los seres humanos.

Aspectos de la cultura del contexto social se ven reflejados a través de la colorimetría de los lugares. En este estudio los usuarios formaron parte activa de la elección de elementos representativos de su cultura; tal es el caso de la lucha libre, actividad que es reconocida y apreciada tradicionalmente bajo el contexto social en el que este estudio fue realizado (véase imagen 5). La imagen del luchador se encontraba representada gráficamente en el espacio como parte de las aficiones y actividades que se desarrollan día a día en el barrio (véase imagen 4). Por medio del color, la intervención facilitó la representación y apropiación del espacio de forma integral. Se utilizó una paleta cromática a elección de los usuarios del espacio; paleta que obedece a la armonía cromática que ya se presentaba de manera anticipada en el conjunto habitacional. Así mismo, los actores sociales representaron formas y figuras en la plaza central del conjunto habitacional en el cual llevan a cabo actividades propias de su contexto cultural, como pueden ser reuniones comunitarias, eventos tradicionales o ventas colectivas (véase imagen 5). De este modo, la intervención cromática en el barrio de Bellavista logró contribuir en el tejido social y fortalecer los lazos de la comunidad, ya que los usuarios del espacio fueron parte activa de la intervención. Igualmente, se consolidó el sentido de pertenencia de la comunidad hacia el entorno, dado que los espacios se transformaron en pro de su uso natural, sin invadir, imponer o manipular las maneras cotidianas de disponer y conocer el espacio.

La cotidianidad es constitutiva de un espacio de formación en el que los individuos construyen una identidad social (colectiva). Así pues, las realidades sociales son el constructo de un conjunto de interrelaciones personales de las cuales se despliegan significados culturales y contextuales. La vida cotidiana se manifiesta a través de diversos modos de expresión dinámica, entre ellos el color, y las formas de aplicarlo en el espacio por medio de composiciones visuales. La vida cotidiana se relaciona con los conceptos “valor de uso” (apropiación) y “valor de cambio” (dominación). Es desde esta dinámica bilateral que se originan nuevas expresiones en el espacio y, con ello, también nuevos significados. La vida cotidiana no puede comprenderse sin la contra-

dicción entre “uso” y “cambio” (entre los valores). No obstante, es sobre todo el uso político del espacio lo que restituye al máximo el valor de uso: recursos, situaciones espaciales y estrategias (Lefebvre, 2013, p. 389).

La cotidianidad expresará desde su naturalidad una realidad social, individual o colectiva. Mientras que la apropiación surge de lo particular a lo general, dotando de significado a los objetos y las cosas; la cotidianidad está dictaminada pasivamente por factores externos que la hacen expresarse bajo ciertas instituciones dominantes. En los fenómenos apropiativos, es el actor social quien tiene el dominio. Existe una plena libertad del actor o actores sociales de expresarse ante la naturaleza sobre sus gustos y necesidades.

Sin embargo, también la apropiación obedece a ciertas características culturales, políticas, económicas e incluso religiosas que hacen del fenómeno apropiativo una expresión y extensión de particularidades y factores sociales. De esta manera, el color forma parte de los fenómenos apropiativos cuya expresión cromática expresa un cúmulo de referentes culturales que obedecen a la cotidianidad de los espacios y actores sociales. Es, por tanto, a través del color que se puede contribuir a la transformación de las sociedades y, generar un mayor sentido de pertenencia que refuerce los lazos afectivos de uno o más actores sociales.

Es importante entender que la apropiación no se distingue únicamente al percibir los espacios como propios, sino también en la manera en que los individuos se desplazan y hacen uso de los lugares. La expresión social e individual que los actores sociales generan desde sus labores domésticas y cotidianas construye y reproduce fenómenos apropiativos, cuya relación con la identidad de los objetos, los individuos y los espacios permite dilucidar la estructura signica en los modos de vida de los contextos sociales.

3. El color, signo de apropiación en el espacio habitable

El color, además de contribuir al fortalecimiento del tejido social, también es un signo de las formas de vida del ser humano. En el espacio habitable, el color puede contener diversos significados cuya elección cromática obedece a ciertos parámetros apropiativos que definen la identidad de los individuos. A través de apropiaciones, el ser humano interviene en respuesta al espacio y lo dota de dinamismo e identidad. El modo en que las personas distribuyen y se expresan en el espacio habitable provee de significado el razonamiento por medio del cual le dan solución a sus formas de vida. Hay un alto valor sígnico y una extensión del ser en las expresiones que se generan entre color, espacio y usuario. La persona se hace a sí misma mediante las propias acciones, y este proceso tiene lugar en un contexto sociocultural e histórico. No se trata de una adaptación, sino más bien del dominio de una aptitud, de la capacidad de apropiación (Korosec-Serfaty, 1976).

Por lo tanto, la apropiación es, en esencia, una forma de expresión no verbal en la cual los individuos generan formas de vida y vínculos afectivos. Así mismo, a través de lenguajes no verbales, el color expresa gustos, apegos, emociones e historias que obedecen a patrones culturales concretos. Expresiones tangibles o intangibles dotan de valor sígnico los espacios habitados, configuran la realidad y modo de vida de los actores sociales. La apropiación se expresa bajo determinados códigos y signos que se espera sean interpretados desde el espacio abstracto, lo subjetivo y las realidades posibles. La apropiación del espacio habitable está íntimamente conectada al desarrollo e identidad del ser humano como habitante del espacio. De esta manera, los individuos devienen “un pedazo del mismo convertido en espacio”, reflejando su imagen del mundo y su modo de concebir la vida, es decir, su forma de habitar (Bollnow, 1993, p. 92).

La apropiación es una expresión del ser, un sintagma de valores sígnicos que incluso, en ocasiones, se oculta bajo paradigmas de significación. La apropiación tiene origen en lo que Henri Lefebvre define como el espacio abstracto, compuesto por figuraciones y subjetividades. Este espacio contiene mucho, pero oculta (niega) el contenido en vez de indicarlo. Contiene un imaginario específico: imágenes fantásticas, símbolos que parecen responder a “otra cosa” pero que constituyen su contenido (Lefebvre, 2013, pp. 346-347). Es por esa negación implícita que el color, aunque se oculta entre el gusto y el valor estético de los elementos del espacio, también contiene significados y reminiscencias culturales que obedecen a una cuestión apropiativa.

Existe una relación sobre la cual se produce el color a través del espacio, así como el color expresa y genera formas de vida, también evoca recuerdos en los actores sociales. Debido a lo anterior, se genera un sistema de interacción

que da lugar a nuevos significados, nuevas maneras de construir el habitar y de entender la vida cotidiana, así como los gustos y apegos emocionales de las personas. La apropiación —la cual, en cualquier forma, concreta y efectiva, debería simbolizarse (mediante símbolos que la representen, es decir, que la hagan presente)— se ve significada e ilusoria (Lefebvre, 2013, pp. 346-347).

Diversos objetos y elementos componentes del espacio intervienen en los fenómenos apropiativos, cuya naturaleza expresa pasivamente la identidad y sentido del gusto de los individuos. El color, como elemento espacial, forma parte de la expresividad y la admisión de la identidad. A través del color, el ser humano se identifica como integrante de una comunidad, y al mismo tiempo se diferencia del resto de quienes lo rodean. El color distingue culturalmente la vida diaria de un actor social en lo individual, o de varios actores sociales en lo colectivo. Por consecuencia, los fenómenos apropiativos no son únicamente del individuo, sino que en ellos convergen las acciones y relaciones interpersonales que le dan significado a los desplazamientos e interacciones naturales de los usuarios en el espacio. De esta manera, la estructura familiar juega un papel importante en los roles, asociaciones y apegos emocionales que se tienen en el espacio. A causa de la apropiación, se generan sistemas complejos de comunicación, ocultos y casi negados ante las ideas convencionalizadas del cómo se debe habitar. Podríamos decir que en casa, en el hogar, acontecen una multitud de relatos (unas veces inadvertidos por los mismos habitantes, otras contados por ellos mismos) que configuran más o menos abstractamente la intimidad (Echeverry, 2012, p. 128). La apropiación del espacio produce modificaciones y expresiones a través de las cuales la casa, los objetos personales, el mobiliario, el color, las cosas y, en general, los elementos constitutivos de un ambiente pasan a ser, más que solo objetos utilitarios o decorativos, una expresión personal de los actores sociales.

Porque la casa es nuestro rincón del mundo. Es —se ha dicho con frecuencia— nuestro primer universo. Es realmente un cosmos. Un cosmos en toda la acepción del término... Todo espacio realmente habitado lleva como esencia la noción de casa.

[Bachelard, 2000, p. 28.]

Estas definiciones de “casa” exceden las que se conocen comúnmente. Bachelard da un paso más allá al incorporar nociones referentes a las emociones, la apropiación del espacio y el valor signíco de los objetos como producto. Rescata las historias que surgen de manera intemporal y señala que existen apegos e imágenes como recuerdo de las experiencias vividas dentro de la casa. Hay un valor simbólico entre las cosas; un valor que no siempre es expresado verbalmente, sino que queda oculto entre las abstracciones de la vida

cotidiana y las particularidades del habitar. Dada la complejidad que conlleva descubrir dichas significaciones, el estudio de las apropiaciones requiere una labor etnográfica y un análisis espacial a mayor escala. Solo el estudio crítico del espacio permite elucidar el concepto de apropiación. Podemos decir que el grupo se apropia de un espacio natural modificado para servir a sus necesidades y posibilidades (Lefebvre, 2013, p. 213).

Sin embargo, para entender la apropiación en el habitar humano, antes se debe entender que la apropiación no surge únicamente desde el habitar, sino también desde el hábitat. Ambos conceptos se utilizan con frecuencia cuando se busca hablar de las dinámicas de vida de los seres humanos en el espacio. Es a causa del habitar que los siempre diversos hábitats surgen. Para Heidegger (1994), así como para diversos autores como Juan Cuervo o Diego Echeverri, el habitar es el espacio formal en el que se cubre y alberga el hombre, mientras que los hábitats son las relaciones interpersonales que los usuarios generan en relación con el espacio y sus expresiones culturales.

Al preguntarnos qué es el hábitat y qué relación tiene con el habitar, generalmente encontramos la equívoca manera de comprenderlo (o restringirlo) como una simple ocupación del espacio como el medio geográfico o la proporción del territorio que reúnen las condiciones óptimas para la vida humana, de una especie animal o vegetal.

[Cuervo, 2010, p. 72.]

El espacio habitable responde a ciertos parámetros estructurales, mientras que el hábitat integra una serie de apropiaciones y comunicaciones interpersonales que solo tienen lugar en las formas de vida. Cuando se hace mención del habitar, es frecuente encontrarse con diversos conceptos que extienden la idea de lo construido, los espacios arquitectónicos o, en el caso de las especies animales, las cuevas o lugares que tienen como fin común protegerlos de las inclemencias del tiempo y de otras especies animales. En el caso de la arquitectura, el habitar está estrechamente relacionado con concepciones convencionalizadas que se tienen de los modos de vida. Pero el habitar no se reduce a la forma del hábitat, puesto que a esta forma (casa o edificio) propiamente dicha la precede y la sucede la convivencia entre personas y cosas (Echeverry, 2012, p. 128). Las apropiaciones y valores signícos del espacio se expresan a través de autorrepresentaciones, ya sea desde el color, los objetos o las acciones. El hábitat es, por lo tanto, el cúmulo de disposiciones y posibilidades espaciales en las que diversos elementos dentro de un espacio representan y tienden a representar la vida de los seres humanos. Como se dice comúnmente, “las paredes tienen oídos”: las cosas nos hablan, cada rincón de la casa guarda unos secretos individuales o familiares (Echeverry, 2012, p. 128).

A partir de un estudio de campo realizado en el Fraccionamiento Torres del Sur, en Ciudad Juárez (Chihuahua, México), se analizó la armonía cromática de tres viviendas. Por medio de entrevistas, observación y fotografías, los habitantes de los espacios expresaron tres modos distintos de elección con respecto a la paleta de color de sus casas. Se identificó que el color en los espacios obedecía a tres fenómenos apropiativos distintos. El primer caso de estudio reflejó que la elección cromática en su vivienda referenciaba una remembranza cultural. Los actores sociales que emigraron desde diversas partes de la república (entre ellas, Parral, en el estado de Chihuahua, y Tulancingo, en el estado de Hidalgo) expresaron que los colores que eligieron tanto en los espacios interiores de su domicilio como en los exteriores fueron seleccionados intentando imitar su estilo de vida y la vivienda de sus ciudades de origen (véase imagen 5).

Los colores utilizados en la vivienda se correspondían con el amarillo-verde del círculo cromático. Por otra parte, la modulación de color en el interior perseguía, de acuerdo con los actores sociales, un espacio vibrante que los mantuviera alegres luego de un largo y difícil proceso migratorio. Existió una búsqueda resolutiva en las emociones familiares, y por ello apostaron por el color en sus espacios, emociones y vida cotidiana. La familia expresó que, al llegar a Ciudad Juárez, querían restaurar y asentar su estilo de vida. Lo anterior obedece al sentido de pertenencia espacial, así como a los vínculos afectivos que se generan a través de fenómenos apropiativos. La elección del color verde por encima de cualquier otro se realizó con el fin de que la intensidad tonal no afectara a la percepción del espacio en el futuro. Todos estos datos reflejan, por tanto, que existen condicionantes en la elección cromática de los espacios, algunos afectivos y otros que buscan su funcionalidad prolongada. En el segundo caso de estudio se eligió una armonía cromática que negaba todo lazo reminiscente de la antigua vivienda de los actores sociales. Aunque

Imagen 7. El color en el exterior e interior del estudio del caso 1. Armonía cromática que tiene origen dentro del fenómeno apropiativo por remembranza cultural. Elaboración propia, por Oscar Burrola.



estos también eran originarios de otros estados de la república (como lo es Manzanillo, en Colima), las remembranzas culturales no formaban parte del fenómeno apropiativo en la colorimetría del espacio. Por el contrario, al preguntarles a los actores sociales por qué habían elegido esa paleta de color, ellos respondieron que, además de sentir afinidad con esas tonalidades, buscaban romper con lo que habitualmente habían visto en sus hogares de origen. La elección cromática implicaba un rechazo ante los tonos altamente modulados con blanco (lo que se conoce coloquialmente como “colores pastel”), ya que esas tonalidades eran las que recordaban de su infancia y les provocaban memorias negativas. Los colores utilizados en la vivienda se correspondían con el rojo-naranja según el círculo cromático (véase imagen 6). Además del rojo-naranja en el exterior y el interior, la vivienda presenta una armonía cromática terracota cuya modulación en negro es alta. Lo anterior reafirma este rechazo de los actores sociales hacia las modulaciones en blanco. Es importante mencionar que tanto en este como en los otros casos de estudio existe una proyección cromática desde el interior hacia el exterior, es

Imagen 8. El color en el exterior e interior del estudio del caso 2. Armonía cromática que tiene origen dentro del fenómeno apropiativo como negación reminiscente. Elaboración propia, por Oscar Burrola.



decir, que las mismas armonías cromáticas se encuentran tanto en el interior como en el exterior. Esto obedece a una proyección de la identidad a nivel colectivo y a una búsqueda a diferenciarse del otro. Así mismo, las armonías cromáticas elegidas en este caso de estudio forman parte de una expresión individual y una búsqueda de identidad.

En el tercer caso de estudio se eligió una armonía cromática por afinidad tonal. Los actores sociales, que también habían migrado desde otros lugares de la república (como Balleza, en Chihuahua, y Torreón, en Coahuila), buscaron que su espacio presentara en toda su extensión el mismo color. La vivienda muestra, tanto en los interiores como en el exterior, un tono azul verde elegido por la afinidad y gusto que los actores sociales tienen por el color azul. El retrete y el juego de baño presentan la misma tonalidad, así como las recámaras, la cocina y las áreas de estar. Al preguntarles a los actores sociales la razón

de la elección de esta armonía cromática, ellos expresaron que se trata de un color con el que se sienten cómodos y se identifican (véase imagen 7). Cabe mencionar que el automóvil familiar también responde a esta armonía cromática. Lo anterior es interesante para los estudios en psicología del



color, ya que existe un lazo fuertemente conectado entre la afinidad tonal y la identidad del usuario. Es evidente en este caso, como en el resto, que el color responde a una serie de patrones individuales y sociales, los cuales, a su vez, obedecen a las formas de vida de los individuos y a su capacidad apropiativa. Aunque a través del color se pueden solucionar algunas percepciones espaciales como la amplitud, la iluminación o la percepción térmica, tanto el desconocimiento como la afinidad hacia una paleta cromática determinada hacen que los actores sociales actúen emocional e instintivamente ante los tonos que aprecian como propios. Aunadas a lo anterior, las cuestiones funcionales en la elección cromática parecieran desdibujarse ante la elección apropiativa de los usuarios respecto al color. Es importante en los proyectos de diseño tomar en cuenta las remembranzas y lazos afectivos que se tienen tanto con el color como con los objetos y las cosas.

Imagen 9. El color en el exterior e interior del estudio del caso 3. Armonía cromática que tiene origen dentro del fenómeno apropiativo como afinidad tonal. Elaboración propia, por Oscar Burrola.

Como se pudo apreciar en los diversos estudios de campo (en los individuales y en los colectivos), el color permitió conocer los modos de pensar de los individuos y el razonamiento mediante el cual las personas tienen preferencia por algunas armonías cromáticas. El color expresa pasivamente fenómenos apropiativos y la vida cotidiana, y lo hace a través de emociones y remembranzas culturales y sociales reflejadas cromáticamente en los lugares. El color parece ser un elemento en el espacio que sugiere gustos, tendencias y patrones estéticos; sin embargo, analizando más allá de las superficialidades espaciales y los acabados, el color permite conocer más a fondo y de primera mano la cultura y algunos fenómenos sociales. En las armonías cromáticas aparentemente accidentales, existe un cúmulo de significados apropiativos que encuadran el origen de las decisiones espaciales, así como los lazos afectivos de las personas con el espacio, las cosas y los colores mismos.

El color en los espacios actúa como elemento mediador entre el espacio y el sentido de pertenencia de los usuarios. Las armonías cromáticas permiten visualizar las reminiscencias culturales, además de enmarcar una época y un contexto determinados. A nivel individual y colectivo, el color obedece a la cotidianidad de los espacios. Del mismo modo, con el paso del tiempo, el color actúa cronológicamente generando identidad y arraigo en los lugares; inserta imágenes plásticas en el imaginario individual y colectivo que frecuentemente son fáciles de recordar. Es por lo anterior que el color actúa como mediador en el tiempo y, a la vez, incide en las decisiones del momento. Así mismo, el espacio proyecta a través de armonías cromáticas identidad cultural, cuya composición y peso visual es transferible generacionalmente. Por medio del color es posible conocer las dinámicas sociales en contextos determinados, y también propiciar ciertas interacciones interpersonales y colectivas que favorecen el entorno. En definitiva, el color, por un lado, forma parte de la vida cotidiana de los seres humanos, y, por el otro, permite conocerla mediante el valor cromático.

Referencias

- Bachelard, G., 1995. *La poética del espacio*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Boa Mistura, 2020. *Boa Mistura*. [en línea] Disponible en: <<http://www.boamistura.com/#/about-us>>.
- Bollnow, O. F., 1969. *Hombre y espacio*. Barcelona: Labor.
- Bollnow, O. F., 1993. El hombre y su casa. *Revista Camacol*, 16, pp. 76-92.
- Cuervo, J., 2010. ¿Vivienda, casa, hogar? La construcción del concepto “hábitat doméstico”. *Iconofacto*, 6.
- Dupley García, E., 2004. Lenguaje y color en la cosmovisión de los antiguos nahuas. *Ciencias*, 74, pp. 20-31. [en línea] Disponible en: <<https://www.redalyc.org/pdf/644/64407404.pdf>>.
- Echeverry, D., 2012. *Hábitat-habitar: de la propiedad a la intimidad*. 2, pp. 126-137.
- Goethe, J. W. von, 1970. *Theory of colors*. The MIT Press.
- Heidegger, M., 1994. Construir, habitar, pensar.
- Heller, E., 2011. *Psicología del color. Cómo actúan los colores sobre los sentimientos y la razón*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Korosec-Serfaty, P., 1976. Appropriation of space. Proceedings of the Strasbourg conference.
- Lefebvre, H., 2013. *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing Libros.
- Muxica, L., 2011. La favela como espacio de exclusión social en la ciudad de Rio de Janeiro. *EURE Santiago*, 37, pp. 117-132.
- Uribe, M. L., 2014. La vida cotidiana como espacio de construcción social. 25, pp. 100-113. Disponible en: <<https://www.redalyc.org/pdf/200/20030149005.pdf>>.

Fausto Enrique Aguirre
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez
Instituto de Arquitectura, Diseño y Arte

Doctor en Ciencias Filosóficas del Interior Arquitectónico por la Universidad Federico II (Nápoles, Italia). Maestro en Diseño Holístico y licenciado en Diseño de Interiores por la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (México). Desde 2010, docente e investigador adscrito como PTC a la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ). Actualmente, jefe del Departamento de Diseño de la UACJ. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (Nivel 1). Contacto: <faustoagui@gmail.com>.

Oscar Bernardo Burrola
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez
Instituto de Arquitectura, Diseño y Arte

Licenciado en Diseño de Interiores por la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (México). Formado como artista plástico desde 2009. Actualmente, Maestro en Estudios y Procesos Creativos en Arte y Diseño de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, acreditado por el Programa Nacional de Posgrados de Calidad (Conacyt). Contacto: <oscar.burrola@uacj.mx>.